

Eliacer Cansino

La Gestalt nos ha enseñado que percibimos siempre unidades cerradas. Así por ejemplo, si vemos el dibujo de un círculo con dos puntos en su interior, convenientemente colocados, captamos un rostro, sin que por ello podamos decir que realmente allí hay un rostro. En gran parte construimos lo percibido.

Si eso es así, y de la simplicidad de un círculo con dos puntos configura-

mos una cara que nos mira, imaginemos qué no seremos capaces de hacer cuando intentamos dar una visión de nosotros mismos. Discernir con claridad qué hay realmente y qué ponemos nosotros es una difícil cuestión.

Por eso, no voy a entrar en muchas complicaciones al presentarme, y me limitaré a describir, sin más, un día de mi vida.

Me levanto por la mañana y voy a dar clases de Filosofía a un Instituto. Allí me esperan unos alumnos, no siempre felices de verme entrar por las puertas, aunque a veces les hago reír. Les hablo de Platón, de Aristóteles... (tonificantes del espíritu). Después leemos algún cuento o poema para que la reflexión se acerque a la vida: por ejemplo, hace poco les leí la *Elegía a un moscardón azul*, de Dámaso Alonso; es un poema precioso.

Por las tardes aprovecho para escribir. A la luz de esas tardes nacieron: *El maravilloso Sr. Plot*, una novelita para niños; *Paisaje de las sombras*, un libro de poemas; *Tras los ojos de la garza*, un conjunto de cuentos donde he intentado expresar algunos misterios cotidianos; y el *Robinson Sánchez*, una novela en la que indagué en la tarea del adolescente, y por la que me otorgaron el Premio Internacional Infanta Elena. En la actualidad, escribo unos cuentos, para niños y menos niños, de los que os dejo ese *Gregorio Fastidiafotos* de muestra.

La noche, en cambio, misteriosamente, la dedico a dormir.

Bibliografía

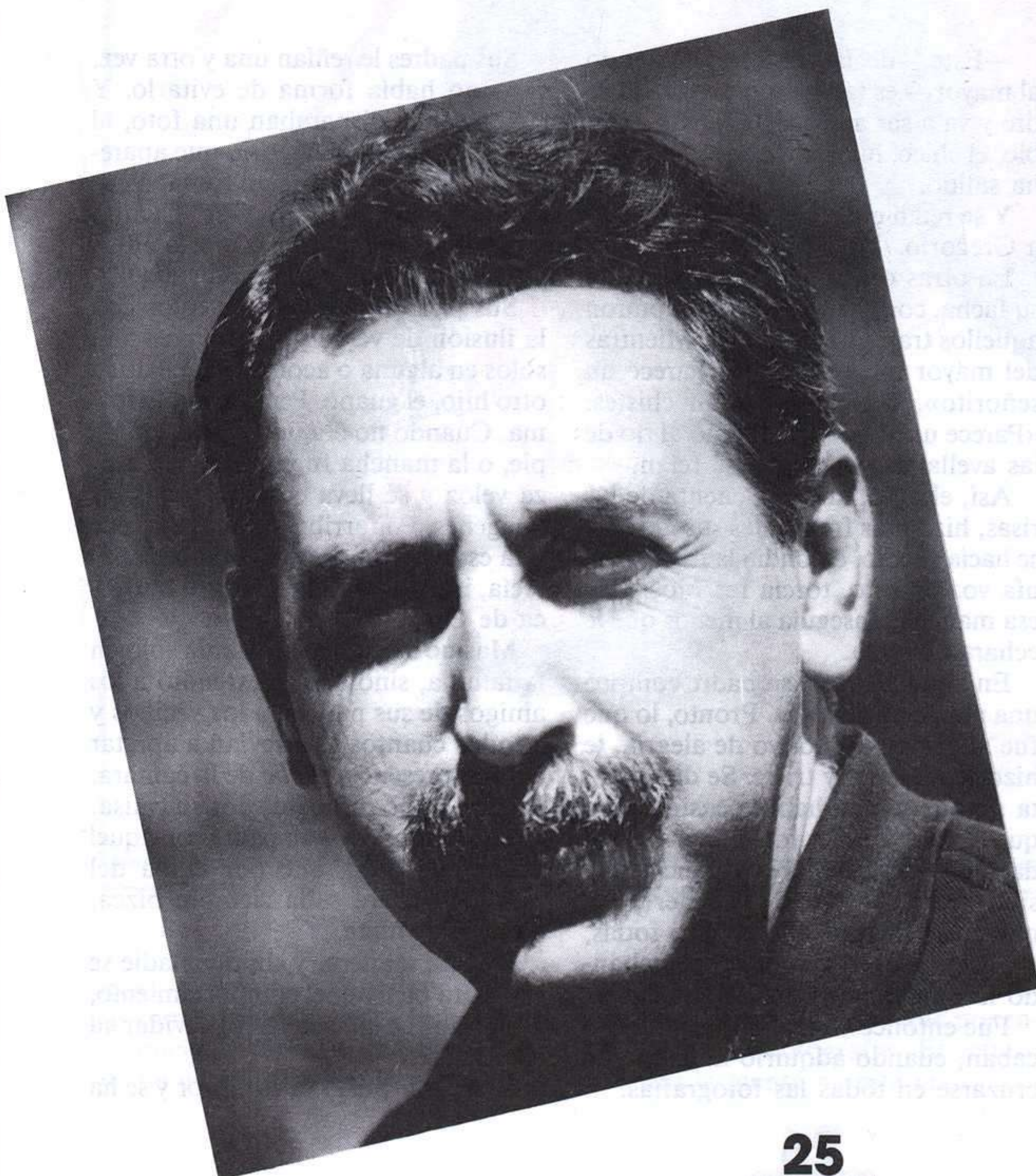
El maravilloso Sr. Plot, Gijón: Júcar, 1987.

Paisaje de las sombras, Tomares (Sevilla): Ayuntamiento de Tomares, 1988.

Retrato de opositores, Córdoba: Ayuntamiento de Córdoba, 1991.

Tras los ojos de la garza, Alicante: Aguaclara, 1992.

Yo, Robinson Sánchez, habiendo naufragado, Barcelona: Toray, 1992.



Gregorio Fastidiafotos

por Eliacer Cansino

Gregorio tenía un hermano y de los dos él era el más feo. Sí, el más feo. Lo sabía porque se lo había oído decir muchas veces a sus padres, algunas delante de él, sin recatarse, como si el niño no entendiera, otras a escondidas, como si no escuchara.



ALICIA CAÑAS.

—Éste —decía la madre señalando al mayor— es tan guapo como su padre y va a ser aún más alto. En cambio, el chico, hija, no sabemos a quién ha salido.

Y se reían ella y la vecina, mirando a Gregorio.

En otras ocasiones se burlaban de su facha, como cuando les compraron aquellos trajes para la feria. Mientras del mayor todos decían: «Parece un señorito», del chico hacían chistes: «Parece un viejo», «Clavaíto al tío de las avellanas». Y todos se reían.

Así, el niño, al darse cuenta de las risas, hizo más frecuentes sus gracias: se hacía el cojo, escondía la mano, ponía voz de pito, torcía los ojos... de esa manera conseguía al menos que le echaran cuenta.

En aquel tiempo, su padre compró una máquina de fotos. Pronto, lo que fue al principio motivo de alegría, le hizo sentirse muy triste. Se dio cuenta de que nunca había ocasión para que él saliera en las fotos: que si el sol daba de frente, que si la distancia, que si no se estaba quieto... Lo cierto era que su hermano salía en casi todas, y él, si acaso, en alguna, aprovechando la oportunidad de sus gracias.

Fue entonces, viendo que no le sacaban, cuando adquirió la manía de cruzarse en todas las fotografías.

Sus padres le reñían una y otra vez, pero no había forma de evitarlo. Y siempre que disparaban una foto, al menor descuido, Gregorio que aparecía con su cara burlona o torva, o engreída, o lela, o indiferente. Cuanto y más le castigaban más crecía en su interior aquella extraña rebeldía.

Sus padres revelaban las fotos con la ilusión de ver si por fin aparecían solos en alguna o acompañados de su otro hijo, el guapo. Pero no había forma. Cuando no era una mano, era un pie, o la mancha fugaz de quien cruza veloz y se lleva consigo todas las imágenes. Por arriba o por abajo, por una esquina o por otra, siempre aparecía, inevitablemente, la cara burlesca de Gregorio.

Mas no se detuvo su manía sólo en la familia, sino que se extendió a los amigos de sus padres, a los vecinos y a todos cuantos se atrevían a apretar ante su presencia el *clic* de la cámara. Incluso hubo disgustos por su causa. Como la bronca de su padre con aquel señor que decía que por culpa del niño su señora salía siempre bizca, aunque lo fuera.

De esta manera, y sin que nadie se explicara bien aquel comportamiento, Gregorio fue creciendo sin olvidar su costumbre.

Ahora Gregorio ya es mayor y se ha



ALICIA CAÑAS.

hecho abogado, y se sonríe cuando sus compañeros del bufete le muestran la noticia de la prensa en la que se habla de un extraño maníaco que inte-

rumpe en los parques, en las fiestas, o en la calle a cualquiera que pretenda hacer una fotografía. El retrato que trae la prensa no está mal, pien-

sa, pero a partir de ahora, además de la nariz postiza y el bigote, debería usar peluca, si no quiere que alguien le reconozca el día menos pensado.